

DON GILDO D'ACCURZIO
(1898 - 1983)
SEMBLANZA
EL IMPRESOR

por Diego Pró

Conocimos a don Gildo D'Accurzio en 1942. En día de la primavera de ese año entramos por primera vez en su taller de artes gráficas, en la calle Buenos Aires, a la altura del número 202, da la ciudad de Mendoza, con un centenar de cuartillas en las manos. El impresor estaba allí, entre el rumor de las máquinas, junto a los tipógrafos, yendo y viniendo, observando la labor de las linotipos y las planas, los plomos brillantes y recién compuestos, los trabajos con sus tintas aún frescas y olorosas.

Aquella conversación inicial con don Gildo, me dio la impresión inmediata de que estaba frente a un auténtico impresor. Lo veo con su mandil colgado al pecho, sonriente y afable, que diálogo que sobrevolaba los detalles de las artes gráficas, de los tipos y rasgos del Bodoni, el Kentonnnian, el Garamond, el Caledonia. Perdura aún el recuerdo de haber tratado a un maestro artesano y artista. Sabía quisicosas en materia de calidades y clases de papel, con letras de agua o sin ellas, hasta los que prefieren los bibliófilos y coleccionistas, el Miliani, el Pergamino Fabriano, el Ingres, el Quarro, el Witoel Legder, el Witoelazure, el Holanda. Y prolongaba

así, en la Argentina, desde su taller mendocino, la tradición de impresores del país, en la que D'Accurzio tuvo un lugar propio, junto a nombres como los de Emilio Coni, Francisco Colombo, Guillermo Kraff, Jacobo Peuser, Bartolomé Chiesino, Imprenta López, Osvaldo Colombo y tantos otros.

Desde aquella lejana mañana de septiembre hemos vuelto una y otra vez al taller de don Gildo, con manuscritos propios u originales del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo. El impresor continuaba entre sus viejas prensas, con su amor a las artes gráficas, al libro bello, la revista y el folleto bien impresos, o al transitorio catálogo y el "affiche" como expresión estética, cultivada con fervor y ahínco. Lo seguían apasionando la historia de los grandes impresores, los problemas técnicos de las artes gráficas, los progresos y estilos de las mismas. Y en las impresiones, particularmente de los libros, reconocía épocas, nacionalidades, psicología de los pueblos.

Entre las apreturas del tiempo, siempre escaso en su taller, hacía don Gilso paréntesis para asesorar a los autores noveles, y a los no tan noveles, en asuntos de tintas y colores, de ornamentos e ilustraciones, de letras capitulares, iluminadas con certero gusto. A veces le surgía el recuerdo de textos prestigiosos, a dos columnas, en letras rojas y filigranas lilas, de algunos de los grandes impresores del Renacimiento italiano, o las doradas exquisiteces de antiguas encuadernaciones francesas o la sobriedad de las inglesas.

En su casa de la calle José Federico Moreno, al N° 1115, guardaba para sí y el disfrute de los amigos, la colección de obras que se había impreso en su taller. Y alguna vez pudo ser expuesta al público como testimonio de una época de la historia de las artes gráficas en Mendoza.

EL HOMBRE

En el impresor alentaba el hombre. Tenía don Gildo los rasgos de sus antepasados latinos e italianos. De talla mediana, su rostro en sanguínea, había sido trabajado por el tiempo y el esfuerzo. Como tajado a escofina, traducía

su alma de artesano y artista. Sus rasgos traducían cercanas ascendencias y ancestros de Italia, patinados por los soles de la Argentina y Mendoza. Tenía la modestia de los que se han formado a sí mismos y conocen los límites de los hombres y las cosas.

Su generosa disposición hacia el bien, se volvía patente en sus acciones, aunque don Gildo gustaba reservarla y hasta ocultarla. Algunos intentos editoriales realizados en Mendoza, como el de "La Cruz del Sur", y muchos escritores, poetas, publicistas y hombres comunes conocieron el apoyo del impresor o el aliento solidario del hombre.

Algunos pensamientos hablan de su ética concreta. Entresacamos unos pocos: "Trata de saber escuchar, "Absorbe tus dificultades. No las divulgues"."No discutas. Sencillamente opina". "Trata a los demás como quisiera que lo traten a usted". "Prometa únicamente en los casos en que pueda cumplir". "Esté siempre dispuesto a sonreír". "Cuide la puntualidad". "Sea jovial voluntarioso y dinámico". Son normas prácticas de un hombre que se sentía socialmente obligado y se orientan a la vida y la acción. Le disgustaba los pirueteos de los que nada producen en la cultura.

En sus altos años varias instituciones de bien público (la Sociedad Italiana, el Rotary Club, la Sociedad Industrial y Comercial y no son todas), lo contaban en su seno, con su conducta siempre orientada a la solidaridad, la cooperación y consociación humanas en beneficio del prójimo, especialmente de los más desprotegidos. Más allá del bien particular se entregaba al bien común y a la común utilidad de la sociedad en que vivía. Realizaba así, dentro de sus posibilidades, el bien bello de las relaciones humanas, desarrollando de este modo su personal estilo de vida.

UN ESTILO DE VIDA

Atraía a don Gildo el paisaje rural de Mendoza, con sus sesgos latinos, con sus nieves y montañas, sus viñedos, sus olivares, sus álamos, sus gentes y sus viviendas coloridas. Echaba de ver el buey arador o el caballo de otros tiempos, reem-

plazados por los tractores veloces. En días festivos o en los mansos domingos, se alejaba de la ciudad y se lo solía encontrar, en diálogos con amigos, en las rutas de la Provincia, como si Mendoza, con la ciudad y campiña, se integrase en un pequeño cosmos que llama al sosiego y el disfrute dominical de sus gentes.

Caracterizaba a don Gildo un estilo de vida personal. Había conocido Europa y visitado familiares en Inglaterra, pero Mendoza fue siempre su hogar, nunca desarraigado punto de llegada y de partida. En ella acontecía su vida, aquí estaban la cenizas de sus seres queridos, y junto a ellas hacía su destino.

A veces el ojo avisor lo descubría caminando solitario por las calles de la ciudad, ensimismado, lejano, como si el rumor de una imprenta fluente e invisible fuera a su lado acompañándolo.